

Cuando tenía doce años le jugué una carrera a Cassian y le gané. Fue durante el vuelo grupal. De noche, obviamente, el único momento en que estamos autorizados para volar. Cassian había estado comportándose de manera arrogante y alardeando, y yo no había podido evitarlo. De niños solíamos ser amigos, antes de que ninguno de los dos se manifestara. Pero después se convirtió en un chico insoportable y yo no podía tolerar verlo actuar como si fuera una bendición para nuestra familia.

Antes de que me diera cuenta, ya estábamos volando por el cielo nocturno, con los gritos de aliento de papá sonando en mis oídos. Cassian tenía catorce. Es un draki de ónix. Sus músculos son negros y refulgentes, y posee gran potencia. Mi padre también fue un ónix. No solo son los más fuertes y grandes de la especie, sino que también son, en general, los más rápidos.

Excepto aquella noche. Esa vez derroté a Cassian, el príncipe del clan, nuestro futuro macho alfa, entrenado desde su nacimiento para ser el líder, el mejor.

No debería haber ganado, pero así fue. Bajo la luz de la luna, revelé ser todavía más que la preciada lanzallamas del grupo. Más que la niña a la que Cassian llevaba a pasear en su autito de juguete. Después de eso, él cambió. De repente ya no estaba preocupado por ser mejor, sino por ganarse a la mejor, y yo me convertí en el premio.

Durante años lamenté haber vencido en esa carrera; me molestaba la atención extra que había concentrado en mí, y deseé no poder volar con tanta rapidez. Pero en ese momento, mientras mis pies desnudos raspaban la corteza áspera y se preparaban para levantar el vuelo, agradecí tener ese talento. Poder volar con la velocidad del viento.

Az se encontraba detrás de mí, sus dientes castañeteaban y un quejido escapó de sus labios. Entonces, ya no dudé más.

Y simplemente... me fui. Me arrojé del árbol, planeé por el aire con las alas estiradas por encima de la espalda: dos grandes velas de oro resplandecientes.

Los gritos saturaron mis oídos. El ruido de los motores que aceleraban, la superposición de voces de hombres rudos, fuertes y confusas. Volé velozmente entre los árboles con los cazadores pisándome los talones, devorando la tierra con sus vehículos. Una sonrisa se dibujó en mi rostro al ver que los iba dejando atrás, y me escuché reír.

Luego, el fuego se desató en una de mis alas. Sentí una sacudida, me incliné y me precipité peligrosamente.

Me habían alcanzado.

Me esforcé por mantenerme en el aire con una sola ala, pero solo logré hacer unos pocos movimientos antes de desplomarme hacia el suelo. El mundo se arremolinó a mi alrededor en una llamarada vertiginosa de verdes y marrones exuberantes. Mi hombro chocó contra un árbol y aterricé en el suelo como un bulto, destrozada y sin aliento, con el olor cobrizo de la sangre en la nariz.

Mis dedos se hundieron en la tierra húmeda, y el aroma fértil y penetrante envolvió mi piel. Mi cabeza se sacudía de un lado a otro, la tierra me cubría las manos y se deslizaba a través de mis garras. Con el hombro palpitándome, me arrastré poniendo una palma delante de la otra.

Un sonido mitad gruñido, mitad resoplido, me quemó la garganta. *No me puede pasar a mí*, pensé.

Doblé las rodillas por debajo del cuerpo y probé el ala. La estiré con cuidado sobre la espalda, apretando los dientes para reprimir el grito de agonía que estremeció las duras membranas y penetró profundamente entre los omóplatos. Al tratar de incorporarme, las agujas de pino rasguñaron las palmas de mis manos.

Los oía venir, escuchaba sus voces. Los sonidos de los motores aumentaban y disminuían al subir y bajar las colinas. La imagen del camión con las redes cruzó por mi mente.

Igual que a papá. En ese momento me estaba ocurriendo a mí.

Una vez de pie, plegué las alas contra el cuerpo y salí disparada, corriendo frenéticamente entre la multitud de árboles mientras el ruido de los motores era cada vez más atronador.

Mirando hacia atrás a través del bosque envuelto en la bruma, solté un grito ahogado ante el fulgor borroso de los faros. Tan cerca. El corazón me latía en los oídos. Intentando encontrar un lugar donde esconderme, miré hacia arriba y hacia los costados, y escuché algo diferente: el susurro constante de agua que corría.

En medio de la huida traté de localizar el sonido apoyando los pies suave y silenciosamente en el suelo del bosque. Frené justo a tiempo y me aferré al tronco de un árbol para evitar desplomarme por una pendiente muy empinada. Jadeando, miré hacia abajo. De una pequeña cascada, el agua borboteaba en forma continua y caía en una enorme laguna rodeada por paredes de rocas irregulares.

Sobre mi cabeza sonó un chasquido en el aire. Mi pelo se erizó, el cuero cabelludo se puso tirante, sentí una picazón y salté hacia el costado. El

viento silbó cuando la red se estampó contra el suelo, justo a un lado de donde me hallaba.

—¡Arroja otra más!

Miré el camión por encima del hombro y vi a dos tipos preparando otra red. Las motos rebotaban contra el suelo y los motores aceleraban, persiguiéndome. Los motociclistas observaban el lugar a través de grandes lentes metálicos. Ni siquiera tenían aspecto humano. Eran monstruos. Distinguí las líneas duras y decididas de sus bocas. Las paletas de los helicópteros se reunieron en lo alto, agitando el viento en un remolino furioso que azotó mi pelo.

Respiré profundamente, me di vuelta y salté.

El aire pasó con violencia a mi lado. Era extraño caer a través del viento sin tener la intención de hacerlo, sin la capacidad para elevarme y volar. Pero eso fue lo que hice, hasta que choqué contra el agua.

Estaba tan fría que lancé un alarido y tragué agua mezclada con algas. ¿Cómo hacía Az? Cuando ella se sumergía, parecía tan... placentero, y no esa agonía glacial y penetrante.

Salí a la superficie y di brazadas como perro en un círculo rápido mientras miraba y buscaba... algo, cualquier cosa. Entonces divisé una cueva. En realidad, se trataba de una pequeña saliente justo dentro del muro de roca, pero suficientemente profunda como para refugiarme en su interior, fuera de la vista. A menos que se zambulleran tras de mí.

Nadé hacia ella y logré introducirme con esfuerzo. Me deslicé lo más adentro que pude y me acurruqué como en un ovillo.

Empapada y tiritando, contuve la respiración y esperé. Al poco tiempo, unas voces fuertes congestionaron el aire encima del refugio.

—¡La criatura saltó! —escuché los golpes de las puertas que se cerraban y un escalofrío recorrió mi cuerpo: ya estaban fuera de los vehículos. Dentro de mi cueva sombría, temblé frenéticamente. Mis dedos eran garras sin sangre, que se aferraban a las rodillas lustrosas.

—¡Se sumergió en el agua!

–Tal vez voló –esa frase se escuchó por encima del bramido de las motos todoterreno.

–¡Imposible! No puede volar. Le di en el ala –la satisfacción y la petulancia de su voz me estremecieron, y me froté los brazos con violencia para contrarrestar el frío y el miedo.

–No la veo por aquí abajo.

–Alguien tiene que ir tras ella.

–¡Diablos! ¿Allá abajo? ¡Está helado! Que vaya otro.

–¿Y por qué no tú? ¿Acaso eres gallina?

–Yo iré –la voz profunda, serena y aterciopelada me sobresaltó. No era dura, como las de los demás.

–Will, ¿estás seguro de que puedes encargarte solo?

Mientras esperaba la respuesta, me apreté con más fuerza y deseé ser una draki visiocríptica para poder camuflarme y desaparecer.

Un cuerpo se arrojó al lago en medio de un destello borroso. La entrada fue tan limpia que el agua apenas se movió. *Will*, el de la voz aterciopelada. Sin respirar, me quedé observando el lago y esperando su aparición. En cualquier momento asomaría la cabeza y echaría una mirada a su alrededor. Divisaría la cueva y me descubriría.

Al humedecerme los labios, sentí el ardor de la sangre y el fuego que comenzaba a crecer en mis pulmones. Si fuera necesario, ¿lo haría? ¿Llegaría a usar mi habilidad para salvarme?

Una cabeza rasgó la superficie del lago y sacudió el agua con un movimiento brusco. Su pelo brilló como un casco oscuro sobre su cabeza. Era joven. No mucho mayor que yo.

–¿Estás bien, Will? –le gritó una voz.

–Sí –contestó.

Mi corazón se detuvo ante la repentina cercanía de aquella voz. Sin prestar atención a los rasguños punzantes en mis alas, me interné lo más que pude en la grieta dura. Mientras lo observaba, rogué que su visión no pudiera alcanzarme.

Distinguió la saliente y se quedó rígido, con la mirada apuntando directamente hacia mí.

—¡Hay una cueva!

—¿La criatura está adentro?

La *criatura* era yo.

Mi cuerpo se erizó, trémulo como la cuerda vibrante de un violín, y la piel se contrajo. Las alas comenzaron a palpitarse con una emoción ardiente, enviando un dolor agudo a través de la membrana herida y hasta la profundidad de la espalda. Me sacudí y me obligué a relajarme.

Con unas brazadas, se aproximó a la cueva.

Lancé humo por la nariz. No había querido hacerlo, pero simplemente... *sucedió*. En general podía manejarlo bien, pero el miedo me había despojado del control. Los instintos de draki se apoderaron de mí.

A medida que se acercaba, el corazón me latía con más velocidad dentro del pecho. Percibí el momento exacto en que me vio. Se paralizó y quedó inmóvil, con los labios rozando el agua.

Nos miramos fijamente.

Tenía que ocurrir. Llamaría a los otros y se abalanzarían sobre mí como hambrientos depredadores. Me acordé de papá y traté de no temblar. Estaba segura de que él no había temblado ni se había acobardado cuando llegó el final. Y yo poseía algo, una defensa que papá no había tenido. *El fuego*.

Entonces se movió y nadó más cerca, desplazándose suavemente. Se le formó un pliegue en la barbilla y algo revoloteó dentro de mi estómago. No parecía duro, como me había imaginado. Ni cruel. Más bien... curioso.

Estiró la mano hacia la saliente y se metió. Conmigo. Había menos de treinta centímetros de distancia entre los dos. Los músculos de sus brazos se tensaron mientras se agachaba y palpaba ligeramente el piso de la cueva. Nos recorrimos con la mirada como dos animales desconocidos que se inspeccionaban por primera vez.

Tragué aire y luché por mantenerlo en el interior de mis caldeados pulmones. El fuego comenzó a arder en mi interior.

No era la primera vez que me enfrentaba a un humano. Los veo constantemente cuando voy de compras al centro con mamá y Tamara. La mayor parte del tiempo yo también tengo aspecto humano, incluso dentro de los límites secretos del grupo. Pero, aun así, lo miré como si nunca en mi vida hubiera visto a un chico. Y, en realidad, me parecía que era la primera vez que veía a uno como él. Después de todo, no se trataba de un tipo cualquiera: era un cazador.

La camiseta negra se adhería a su pecho esbelto como una segunda piel. En nuestra caverna oscura, su pelo mojado se veía casi negro. Seco debía ser más claro. Castaño tal vez, o rubio apagado. Pero fueron sus ojos los que me impactaron. Profundos, bajo cejas tupidas, me atravesaron con una intensidad descarnada, escrutándome entera. Mientras me recorría con la vista, pude imaginarme a mí misma: las alas plegadas en la espalda, asomando sobre los hombros; los miembros suaves y lustrosos que brillaban como el fuego aun en la penumbra de la cueva; el rostro fino de contorno marcado, la nariz levantada; las cejas altas y curvadas, los ojos de dragón: dos líneas negras verticales en el lugar de las pupilas.

Levantó una mano. Ni siquiera me estremecí cuando cerró la palma ancha y tibia sobre mi brazo. Palpando, examinando. La mano se deslizó hacia abajo con suavidad. Seguramente estaba comparando mi piel –piel draki– con la humana. De pronto se detuvo, puso su mano sobre la mía y se apoyó en mis dedos largos como garras. El calor del contacto disparó chispas por todo mi cuerpo.

Él también lo sintió y sus ojos se agrandaron. Eran almendrados e increíbles. Verdes con manchas marrones y doradas. Los colores de la tierra que yo tanto amaba. Esa mirada se posó sobre los mechones húmedos de mi pelo que rozaban el suelo rocoso. Me descubrí deseando que pudiera ver a la chica que había dentro del dragón.

Un sonido escapó de sus labios. Una palabra. La escuché, pero pensé: *no. Él no dijo eso.*

–¡Will! –gritó una voz desde arriba.

Los dos nos sobresaltamos y entonces su rostro cambió. La expresión suave y curiosa se desvaneció y se mostró enojado, amenazador. La forma en que se suponía que los de su clase debían mirar a los de la mía. Apartó bruscamente la mano: la intimidad se había roto. Me froté el lugar donde me había tocado.

—¿Estás bien allí abajo? ¿Necesitas ayuda...?

—¡Estoy bien! —El rugido profundo de su voz resonó por las paredes de nuestro pequeño refugio.

—¿Encontraste a la criatura?

Otra vez esa palabra. Lancé un resoplido y pequeñas nubes brotaron de mi nariz. El ardor dentro de mis pulmones se intensificó.

Con mirada dura y despiadada, me observó atentamente. Le sostuve la mirada y me negué a apartar la vista mientras esperaba que anunciara mi presencia, decidida a que ese chico hermoso viera el rostro al que iba a sentenciar a muerte con sus siguientes palabras.

—No.

Respiré hondo y la llama en mis pulmones se extinguió. Nos miramos fijamente durante un momento prolongado. Él, un cazador. Yo, una draki.

Después, desapareció.

Y me quedé completamente sola.